



OPINIÓN



POR ONEL ORTÍZ
FRAGOSO
@ONELORTIZ
AUDIO: [HTTPS://](https://www.youtube.com/watch?v=CQALGTORNE0)
YOUTUBE/
CQALGTORNE0

LOS EXPRESIDENTES SON MUDOS

La reaparición pública del expresidente Ernesto Zedillo Ponce de León en contra de la reforma judicial del presidente Andrés Manuel López Obrador fue totalmente inoportuna y provocó un revuelo inesperado en la escena política mexicana.

Si bien es cierto que, como cualquier ciudadano, Zedillo tiene el derecho a expresar sus opiniones, la relevancia de su figura y el peso histórico de su mandato lo sitúan en una posición distinta al resto.

Más que fortalecer la oposición a dicha reforma, las palabras de Zedillo juegan en favor del gobierno de la Cuarta Transformación.

Las declaraciones de Zedillo le cayeron como anillo al dedo a los últimos días del gobierno de López Obrador y al arranque del sexenio de Claudia Sheinbaum. Zedillo, el presidente de la era neoliberal que culminó el ciclo de privatizaciones masivas iniciado por Carlos Salinas de Gortari, representa el epitome de un periodo económico y social marcado por el auge del capital privado y la globalización.

La mención de su nombre trae a la mente de muchos recuerdos de las privatizaciones de empresas estatales, el Error de Diciembre, el FO-BAPROA y una crisis económica que consolidó el poder de grandes grupos financieros.

En este contexto, sus críticas a la reforma judicial de López Obrador no solo son percibidas como inoportunas, sino que refuerzan la narrativa del actual gobierno: la lucha contra un sistema que privilegió a las élites y que debilitó al Estado.

La reforma judicial impulsada por López Obrador, si bien ha generado polémica, es vista por muchos como un intento de corregir déca-

das de injusticia y corrupción en el Poder Judicial.

Antes de las declaraciones de Zedillo, la oposición a esta reforma había logrado articular un movimiento robusto, con jueces y trabajadores del Poder Judicial movilizadas, alzando la voz y logrando la simpatía de sectores de la sociedad civil, incluidos los medios extranjeros.

El costo de la aprobación de la reforma para el gobierno había sido alto por haber logrado los dos tercios en el Senado de la República a través del voto a favor del senador Miguel Ángel Yunes Márquez, integrante de una de las familias más oscuras y corruptas de la política veracruzana y que hasta antes de la traición a los panistas era uno de los críticos más beligerantes a la cuarta transformación. Sin embargo, la intervención del expresidente ha tenido el efecto contrario al

esperado: en lugar de fortalecer la resistencia, ha dado legitimidad a la reforma.

La intervención de Zedillo reaviva viejos fantasmas del neoliberalismo y coloca al expresidente como un enemigo claro y conveniente para López Obrador y, a partir del 1 de octubre, para Claudia Sheinbaum. Zedillo se ha sumado a una lista de expresidentes que han caído en lo que parece ser una trampa

hábilmente tendida por López Obrador. El actual presidente ha sido un maestro en provocar a sus predecesores, sabiendo que su intervención pública, lejos de perjudicarlo, refuerza su narrativa de confrontación con el pasado neoliberal.

Fox, con su verbo rápido y a menudo torpe, y Calderón, cuyo sexenio ha sido descrito como el germen de la crisis de violencia que aún asola a México, ya habían caído en este juego.

Zedillo, calculador y frío, se ha convertido en el último en morder el anzuelo.

En este sentido, la intervención de Zedillo legitima de manera involuntaria la reforma judicial.

Zedillo se ha sumado a una lista de expresidentes que han caído en lo que parece ser una trampa hábilmente tendida por López Obrador. El actual presidente ha sido un maestro en provocar a sus predecesores, sabiendo que su intervención pública, lejos de perjudicarlo, refuerza su narrativa de confrontación con el pasado neoliberal



Foto: Archivo Cuartoscuro



Foto: Archivo Cuartoscuro

Al ser uno de los rostros más visibles de la tecnocracia neoliberal, su crítica recuerda a muchos mexicanos los errores de su mandato, particularmente en lo que respecta a la privatización de empresas y la gestión de la crisis económica.

Esta reactivación de su figura pública brinda a López Obrador y Sheinbaum un enemigo tangible y simbólico, alguien a quien pueden señalar como representante de un sistema que, privilegió a unos pocos a costa de las grandes mayorías.

Lo curioso es que, en el sistema político mexicano, durante décadas hubo una regla no escrita: los expresidentes no intervenían en la vida política una vez dejado el cargo.

Esta regla, que mantuvo la estabilidad y la paz, evitó que figuras poderosas como Plutarco Elías Calles o Lázaro Cárdenas se perpetuaran en el poder, y permitió que las

instituciones civiles prevalecieran sobre las ambiciones personales.

La reaparición de Zedillo, al igual que la de Fox y Calderón antes de él, rompe con esta tradición, y con ello reaviva la volatilidad del sistema político.

En los tiempos recientes, con el auge de las redes sociales y una mayor exposición mediática, los expresidentes parecen haber perdido el control sobre su legado.

Fox, convertido en un comentarista irreverente de Twitter, y Calderón, quien ha utilizado su tiempo fuera de la presidencia para fundar un nuevo partido político, han erosionado la figura del expresidente como un personaje distante y prudente.

Zedillo, al intervenir en la discusión de la reforma judicial, sigue el mismo camino, exponiéndose al escrutinio público y debilitando, paradó-



Foto: Archivo Cuartoscuro

ticamente, la posición de quienes se oponen a la Cuarta Transformación.

Incluso López Obrador ha reconocido esta regla no escrita.

En múltiples ocasiones ha declarado que, una vez concluido su mandato, se retirará a su finca en Chiapas y se dedicará a escribir, evitando cualquier intervención en la política.

Es una afirmación que busca posicionarlo como diferente a sus predecesores, un hombre que respeta los tiempos y las tradiciones políticas del país.

La intervención de Ernesto Zedillo en contra de la reforma judicial de López Obrador es una jugada que, lejos de dañar al actual gobierno, lo fortalece. Zedillo, un símbolo del neoliberalismo y la tecnocracia, se ha convertido en el enemigo perfecto para la narrativa de la Cuarta Transformación.

Su reaparición recuerda a los mexicanos los saldos negativos de su mandato y brinda a López Obrador y Sheinbaum una figura contra la cual seguir luchando.

Mientras tanto, el expresidente parece haber olvidado una de las reglas fundamentales de la política mexicana: los expresidentes son mudos.

Eso pienso yo, ¿usted qué opina? La política es de bronce.